

Lo que le cuento al espejo. Voces y secretos en tiempos de calamidad.

Laura Escobar Colmenares

Estas palabras fueron escritas entre los primeros días de junio a la mitad del mes de octubre de 2020, en una situación de encierro y con la presencia de un virus amenazante.

Cuando el miedo me habita

Tengo 38 años, en octubre de 2020 cumpla 39, pero con mi familia digo que tengo 40, es como un modo para mí de *enfrentar* mi edad. Soy Laura, nací y vivo en Oaxaca, aquí quiero seguir viviendo. Quiero escribirme, narrarme, porque en otros momentos ha sido una forma de conocerme, de explorarme y de pertenecerme, también de sanarme. Sé que este ejercicio no es terapéutico en sí mismo, pero la escritura para mí ha representado una posibilidad de vaciar un poco de dolor y hacer que el pasado y el presente ya no duelan tanto. Me he acercado desde dos lugares a ello, por una parte desde un proceso académico, la escritura de una tesis de maestría, echando mano de la autoetnografía para escribir sobre mi trayectoria escolar, profesional y laboral, y por otro lado, a partir de formas libres de escritura, sobre eventos específicos en mi vida (por ejemplo mi nacimiento, mi primera menstruación, mi cuerpo).

No sé si es un asunto de llegar a casi cuatro décadas en este mundo o que justo no quiero desperdiciar mi vida estando en lugares que no quiero. Uno de los principales aspectos que han configurado mi vida ha sido el trabajo. ¡Cuán importante es sentirse querida en un espacio laboral y cuántas veces eso es una realidad! He tenido crisis en las que quiero dejar todo y renunciar, pero me lleno de pánico con solo pensar en la inseguridad del futuro, que haré sin un sueldo, como encontraré trabajo en un estado que casi no brinda ésta oportunidad, dejar

de hacer lo que me gusta... aún con estas incertidumbres, siempre intento darme fuerzas.

Vivo en la casa paterna. Eso no es extraño en este país, porque deriva de muchas cosas; sin embargo es algo que también desde hace muchos años me pesa, porque como mujer no logro desamarrarme de ese lazo materno y paterno que aunque tiene que ver con la procuración y el cuidado, se convierte muchas veces en una forma de control que me ha resultado muy desgastante, sobre todo en el ejercicio de mi sexualidad y mis relaciones sexo-afectivas. ¿Se imaginan a una mujer de casi cuarenta años, en apariencia independiente, feminista, esperando la aprobación de su familia para saber con qué hombre compartir su vida y su coño? Esa mujer soy yo. Pienso como es que en estas circunstancias, a mi edad, parece ser que no puedo tomar mis propias decisiones, me cuestiono y no encuentro la raíz. Otra vez el miedo.

Es una época que vivo el miedo. Más bien, una época en la que me doy cuenta que me envuelvo de miedo. La pandemia (aunque a veces la imagine como una conspiración con fines de dominio económico y político) ha exacerbado mis miedos. Miedo a enfermarme más, miedo a que mi familia se enferme, miedo a que mi gato con calcivirus muera (Oktli, el gato blanco que llegó a curarme el corazón cuando estaba devastada por el diagnóstico sobre mi salud). Miedo a dejar ese lugar donde hay personas que me lastiman y con las que ya no comparto ningún sueño, miedo a no encontrar otra forma de subsistir, miedo a mudarme y no tener dinero para la renta, miedo a... Vaya que parece que no puedo lidiar con el miedo. ¿Cómo regreso a la sensación de fuerza, libertad y valentía como cuando saltaba el puente que estaba sobre el arroyo, cuando me subía a los árboles, cuando desafiaba la autoridad del padre siendo niña?

Llámame Laura; Lau, si me quieres

Mejor llamarme Laura que Judas Tadea o Simona. Nací un 28 de octubre, día marcado en el santoral católico como el día de San Judas Tadeo apóstol y de San

Simón apóstol, “dos de los doce miembros, que formaban parte de la mesa de la última cena”, menciona la página web cuando busco quienes eran estos personajes.

Mi papá me puso el nombre, con el argumento de que mi mamá ya había elegido el nombre de mi hermana mayor. Una vez que yo ya estaba fuera del vientre materno, gordita, peluda morenísima y sobretodo viva, mi padre se asomó al calendario colgado de la puerta para consultar el nombre del santo que estaba en el recuadro del día 28 del mes décimo. San Judas Tadeo no le pareció un nombre adecuado para una niña; en letras pequeñas, abajo del nombre del santo principal, estaba otro nombre: Hermelinda, nombre que tampoco le gustó porque le recordaba a la personaja de la historieta “Hermelinda linda” y no quería que con dicho nombre, yo fuera portadora de poderes brujeiles y de tanta fealdad. Al no estar convencido, recorrió el mes de octubre hasta llegar al día 19, día de Santa Laura. Es así como ante un juez del registro civil, compareciendo ambos progenitores y sus respectivos testigos, me registran con el nombre de Laura. De nada sirvió que mi mamá quisiera añadirme otro nombre, tal vez Ana, para llamarme Ana Laura. No pudo apelar a la necesidad de mi padre de que sus descendientas solo portarían un nombre.

En general me gusta mi nombre, aunque sé que es muy común y a donde vaya seguramente me encuentro con alguna tocaya y eso no me gusta tanto. Me molesta que lo confundan con Claudia, me ha pasado varias veces. Me gusta porque es corto y tiene dos “a” y según yo eso lo hace sonar con fuerza.

Cuando mi hermano menor estaba aprendiendo a hablar y no podía decir bien mi nombre, me decía Guagua o Guagüi, la versión en idioma bebé de mi nombre, por lo que desde esos años, mi mamá y mi papá me dicen así, ha derivado incluso a la versión breve de “Gua”; solo cuando se les va la onda o se enojan conmigo me dicen Laura. Pocas personas me dicen Laurita, antes me gustaba este diminutivo pero ahora ya no, ya me siento mayor para que me llamen con un diminutivo que

paradójicamente alarga mi nombre. Mi hermanito ahora me dice Laura o la Laura, mi hermana solo La (como la nota musical). La mayoría de mis amigas me dice Lau, así me gusta que me digan, lo siento cariñoso, así me presento en lugares donde siento confianza e incluso se ha convertido en mi nombre artístico *Lau Escol*.

Cuando era niña me gustaba pensarme con nombres de piedras preciosas, así que a veces imaginada que me llamaba Esmeralda, Jade, incluso Rubí, no recuerdo de donde venía este deseo.

Cuando quiero recordar que soy una mujer valiente, me remito al supuesto origen de mi nombre, que según fuentes poco confiables del mundo del internet, dicen que mi nombre se deriva de la palabra laurel, cuyas hojas de dicha planta simbolizan la victoria.

Su a suena a pisadas sobre madera

Consonante -vocal-vocal-consonante-vocal

Consonante – vocal –vocal cuando hay cariño

Quiero las propiedades curativas del laurel

Ojalá vinieran con mi nombre

Epíteto como testigo del recuerdo del amor platónico de mi padre
mi historia inventada

Primero fui bebé, luego Laurita

Luana en las plicas

ahora Laura

Nada es absoluto, todo es relativo

Soy una mujer apasionada y visceral, a menudo enojona e incluso malhumorada. Últimamente lloro con mayor facilidad, me duele el maltrato y los recuerdos de la infancia. Soy bien chingona, tengo mucha experiencia en varias cosas, sé sobre

muchos temas y soy hábil haciendo cosas con las manos, tengo muchas destrezas y me gusta aprender siempre, pero pasa que a veces no confío en mí misma. Trato de ser honesta y sincera, soy a veces envidiosa y egoísta. Tiendo a ser muy severa conmigo misma, puede ser que me juzgue demasiado, soy autoexigente y perfeccionista, ansiosa y obsesiva. Le doy muchas vueltas a la misma cosa y soy indecisa. Soy reservada, seria, bondadosa, me trepo con facilidad a los sueños de otr@s pero me cuesta emprender y sostener los míos. Se me dificulta poner límites y decir no. Puedo ser hiriente y sarcástica, poco asertiva y muchas veces incómoda, con tendencia a mostrar cierta superioridad moral. Procuro ser leal y comprometida. Soy muy floja para los quehaceres domésticos y prefiero leer antes que trapear. Soy creativa y dormilona, remilgosa también. Soy a menudo pesimista e incongruente.

No soy una mierda de persona ni una víbora venenosa, como recientemente me han dicho. No soy culera, desatenta, boicoteadora ni insolidaria como algunas me han construido y estigmatizado. No soy fea como muchos años me hicieron creer de tantas maneras, tantas personas, en tantos lugares. No soy empalagosa, solo trato de mostrar mi cariño a personas que no pueden aceptarlo. No soy mentirosa aunque muchas veces me guarde la verdad.

Me da miedo que mi gato se muera, que mi padre o mi madre enfermen o que mi hermana enloquezca. Me da miedo dejarme de querer, seguir comiendo compulsivamente y que se refleje en un mal estado de salud. Me da miedo contagiarme de covid y que mi sistema esté tan débil que no lo soporte. Tengo miedo de las pérdidas y de las rupturas. Me da miedo que todo ahora sea más virtual que persona a persona y pienso en lo rápido que nos alcanzó el futuro. Me da miedo amanecer con la cuenta bancaria vacía, que nunca más pueda viajar. Tengo miedo de que sea real que una pueda arrepentirse de no convertirse en madre.

Mi mundo es un lugar donde trato de mantener activa la esperanza, caminar con su propia crueldad a cuestas y optar por vivir. Espero asirme de las relaciones con las personas que me aprecian, que a pesar de saberme egoísta, inestable, quejona, individualista, abrazan esas sombras y me permiten mostrarme con mi luz, mi alegría y mi ternura. Quiero que sepan que puedo amar.

Persiguiendo palabras que enciendan la llama

Me gusta describirme como una mujer inquieta, curiosa, deseosa de aprender y entre tanto taller, libro y conversación ya no sé de donde saco las palabras, si a mí me surgieron o las escuché en otro lado. No recuerdo frases precisas que me hayan dicho a mí en particular las mujeres de mi familia. Es un poco extraño sentirme rechazada por la mayoría de ellas, nunca fui la preferida de las abuelas, con las tías casi no conviví. Pienso en las mujeres por el cimiento, por la mitocondrias compartidas. Eso da para contarlo en otro rato.

Hace ya un par de años, tuve un rompimiento con una compañera, a la fecha aún no sé por qué dejó de hablarme y a tratarme como si en verdad yo fuera una persona nefasta. Cuando lo contaba a una amiga o a otra persona, me daban muchas ganas de llorar y reconocía que me dolía mucho. Se lo conté a una amiga y ella me dijo que así es, así pasa, que si yo no podía hablar con la otra al menos para saber que pasó, que mejor me enfocara a cultivar amistades con aquellas personas con las que si tenía onda, conexión, buena energía, afinidad, como se le quiera llamar. Con eso aprendí que las amistades no son para siempre, que como cualquier relación, entre compañeras o entre amigas, hay que estar poniendo energías para que vaya bonito, para que vaya bien, si en algún momento eso se cansa, se erosiona, se rompe, por la razón que sea, pues también hay que aceptarlo y a “otra cosa mariposa”, sin que ello sea egoísta y cargar culpas. Hay que aprender a irse.

En eso de las amistades (a veces también en otro tipo de relaciones) soy desidiosa, un poco desatenta, estoy más acostumbrada a recibir que a dar, o a veces doy de maneras diferentes, lo que puede ser que a partir de ello se construyan esa mirada sobre mí como una persona “ojete”. Es cierto que no quise enterarme porque aquella mujer me dejó de hablar, ya no le veía caso porque la situación no cambiaría; opté por poner en práctica lo que Miroslava me dijo, enfocarme en aquellas personas donde el germen de la conexión fuera más palpable o bien, un lugar donde se pueda construir desde la ternura radical. La ternura radical es fundamental en el trato hacia mí misma, aunque a veces no sea fácil tratarme bien, procurarme, cuidarme, acercarme a sitios, personas, cosas donde vibre bien y bonito. Luego en las redes me topé con un texto titulado “El cuidado y las (ex) amigas” publicado en Siete Polas, que habla justo sobre las lógicas patriarcales desde las cuáles se dan los rompimientos entre amigas, lo doloroso de estos procesos y como podría vivirse desde una ética del cuidado con perspectiva feminista. Así que ese mensaje me llegó en un momento preciso para que mi alma descansara un poquito y aceptar estas pérdidas, ya con menos especulaciones y reconociendo la decisión de la otra como necesaria para ella, aunque pueda parecer injusta para mí. La lección de Miroslava quise hacerla dibujo y salió esto:



Intento decirles a mis amigas que las quiero, que las abrazo y que estoy para ellas. En verdad trato de ser cariñosa y tierna, ser compartida y atenta, no siempre me sale, pero ya estoy más consciente de ello.

Hace poco, una amiga subió un video de ella y su grupo cantando una canción de cuna, todo bien con eso, pero en toda la introducción mi amiga habló en masculino y yo le comenté eso en su muro de fb. Me preguntó que porque siempre me fijo en las cosas que faltan y no en lo que está bien o sale chido. La pregunta rondó bastante tiempo en mi cabeza y me hizo pensarme en si a veces las cosas que digo u opino pueden lastimar a la otra. Me hice en serio a mí misma la pregunta que me había hecho mi amiga. Considero que veo lo que falta en buena parte porque soy autoexigente y perfeccionista, eso tiene su lado dulce y su lado

amargo. Pensar o fijarme en lo que hace falta a mí me ha hecho aprender y ha incentivado generarme preguntas, me ha permitido revisar aquello que puedo mejorar, me ayuda a no ser complaciente y siempre querer ir por más. Tal vez la balanza la debo de emparejar un poco más y así como señalo lo que a mi parecer le falta a las cosas, también me vendría bien de vez en cuando dar palmaditas en la espalda, reconocer y expresar lo que si me gusta y sobretodo, agradecer.

A mí me encanta todo lo vinculado con el arte, sobre todo aquellas expresiones que se enuncian desde la crítica y la rebeldía. Me gusta escribir y dibujar, por eso a veces digo que soy poeta e ilustradora, a veces no me la creo y mejor no digo nada. También me gusta poner el cuerpo en otro tipo de representaciones como el performance o la danza libre; trato de que lo que hago desde las artes esté permeado por una posición política clara, por eso a veces digo que soy activista. Un día, me puse a hacer recuento de mi formación en las artes, porque como no he estudiado nada formal pues no me siento con la legitimidad suficiente para nombrarme poeta, performer, ilustradora, artista o activista, pero yo misma quedé sorprendida de la maravillosa cantidad de cosas sobre las que he indagado y que he aprendido a hacer; luego fue bonito ver como se llenaban las páginas de mi currículum artístico. No es presunción, son años de mucho trabajo. Con esto corroboro que soy una ferviente exploradora de diversas formas de crear y representar, que soy una mujer imaginativa y creativa. Que esto me lo tengo que recordar todos los días para hacer que la llamita de mi corazón permanezca encendida (parafraseando a Pizarnik). Y de pronto una chica en otro país me escribe diciéndome que una ilustración mía le había alegrado el día en medio de su convalecencia. Eso es hermoso.

Hace algunas semanas una amiga me compartió la siguiente frase “También desde la rabia se aprende a escribir. Porque a veces la calma no basta, porque a veces la ternura y la paciencia deciden marcharse. Y no volver. / Carolina Chávez”. Y en ocasiones siento que estoy más llena de rabia que de ternura, ¿cómo actuar entonces desde la ternura radical si estoy vacía de ella? Vuelvo a

sentirme como aquella Laura de antes, la que no encajaba, la callada, la que parece resentida con el mundo por ser pobre, por no ser delgada, por no ser güerita, por no ser linda, por no ser nunca lo suficientemente inteligente para ser la preferida del profesor, o lo sobradamente guapa para enamorar al chico que le gustaba. Y vuelvo a caer al fondo del pozo y me quedo sentipensando en cómo organizar mi rabia y, al menos, escribir furiosamente. Estos días me he sentido muy triste. También aprendiendo mucho de lo que leo y escucho. No es la primera vez que la intelectualidad me ha salvado, por lo que como fórmula de sobrevivencia, seguiré en modo aprendizaje.

Hoy me acurruqué unos minutos bajo el brazo de mamá, acaricié a mi gato y la llamita danzó dentro del corazón mío. La lavanda, el romero, la salvia y la albahaca me acariciaron. El fueguito va creciendo otra vez. No dejaré que se extinga. Aquí tengo mis labios, mis manos y mi dulzura velada; la gratitud en el borde de mi entraña.

Catástrofe y promesa

mi cuerpo

la grasa acumulada por despojo y por desidia

el seno derecho que duele

los pelos en todos lados que crecen hasta el hartazgo

las arrugas aparecidas en esta cuarentena

las ojeras y las bolsas que empequeñecen los ojos de bicho diminuto

el núcleo de canas en el cabello hirsuto

mi cuerpo

Habitado de heridas y cicatrices
Unas se ven y otras las oculto
a otras quiero callarlas para siempre
Su existencia me confronta con el pasado
y al hoy

sin advertencias

las contemplo
acuno el odio para que éste sea cada vez menos.
Ensayo vivir con ellas

¿Quién es ésta que llora al paso de las palabras?
¿Quién es ésta que brama sin mirarse al espejo?

La mente es un precipicio con puentes colgantes
Me aventuro a ir a la otra orilla
Mantenerme ocupada, sentir que hago, que no tengo tiempo
no quiero recordar
Diagnóstico de zozobra

El presente es un látigo
y el presente es lo único que tengo

mi cuerpo
dos años con el páncreas como verdugo
dos años de pastillas y más tristeza

tristeza aclama tristeza

círculoviciosocírculoviciosocírculovicioso

palomillas extraviadas
preguntas que revolotean

bajo la deslumbrante luz de lo incierto

Qué si este hombre de verdad es al que amo
qué si es la mejor decisión no ser madre
qué si puedo abandonar doce años
qué si no puedo hacer nada por salvar la relación filial fracturada
qué si la omisión algún día abandonará la casa paterna
qué si podré vivirme gorda
qué si el dinero me alcanzará para la renta
qué si algún día se irá el miedo

Laura, Lau, Guagüi, Guagüita, Guagüis, Lau, Laura

No pediré perdón por seguir haciéndote preguntas ¿Qué quieres hacer con tu miedo?, ¿quieres darle de comer granos para que crezca?, ¿quieres arrojárselo para hacerlo visible?, ¿quieres hacer una plana con su nombre?, ¿o quieres convertirlo en mantra para ver si desaparece?

Laura:

Tienes muchas herramientas, habilidades y saberes que pueden ayudarte a no tenerle miedo a todo, a sentirte más fuerte en cada decisión que tomes, a elegir el camino con flores a pesar de las rocas, a tomar la vida con más cariño y cuidado.

Sonríe más, abraza más, ama más (estas no son frases del club de los optimistas, lo sabes porque eres de las pesimistas entre las pesimistas, no, esto es más profundo y lleva un compromiso ético y político).

Recuerda que la sanación es un proceso, con montañas y valles, con aguas diáfanas y turbulentas, con luz y mucha oscuridad. Piensa en tus amigas, son pocas, pero alguna de ellas acudirá a ti si la necesitas. Sigue cultivando tus talentos, sigue aprendiendo, sigue practicando lo que ya sabes; compártelo.

Acércate más a tu sobrina, habla más con tu mamá, dale calor a tu papá, a tu hermano, no olvides que están cerca, pero que la vida es volátil...

No te compares, nunca. Disfruta tus casi 39 años para que llegues gozosa a los 40, con esas canas, con esas arrugas, con esas marcas, con todo eso que te ha dado la vida.

Arriégate por esos nuevos proyectos, confía más en ti, eres perspicaz y hábil.

Imagina, ilusiónate, crea, labra.

Retorna a la valentía, salta las vías, trepa árboles.

Conviértete en semilla, en río, en llama.

Sé Guanacaste, sé barca y sé tu propio viento.

Las huellas de la memoria

Es raro no saber de primera mano que objeto es significativo para mí, creó que porque soy acumuladora, es decir tengo muchísimas cosas de diferentes épocas, sólo porque me gustan, aunque no tienen una carga emotiva especial para mí.

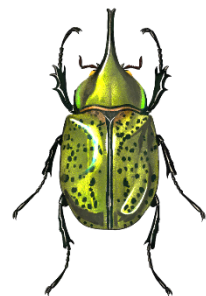
Siendo niña tenía juguetes favoritos, "Peluchina" era una especie de muñeca-pelucho, con cara de plástico y cuerpo esponjoso de color rosa, con unos chinitos muy simpáticos como cabello. La tuve por muchos años y a veces la usaba de almohada. Aún la tengo, aunque está arrumbada en el cuarto de tiliches, no me he

atrevido a regalarla o tirarla. “Godi” era una muñeca pequeña, de cachetes y cuerpo redondito, creo que la tuve desde que era muy pequeña; la recuerdo desnuda y pelona, así jugué con ella mucho tiempo, era mi muñequita favorita, hasta que mi hermanito, en venganza por alguna maldad infantil que le hice, la escondió y nunca supe de su paradero, hasta que ya siendo más grande, mi hermano me la devolvió; Godi ya estaba amarillenta, tostada, más fea de lo que ya era y decidí no conservarla, tengo que decir que a veces la extraño, pero me consuelo recordándome mi capacidad de *soltar*. “Topo Gigio” era un personaje de televisión del cual no me perdía su programa nocturno, tuve su representación a través de un muñeco casi idéntico al original, trabajo de un compañero de mi papá que se dedicaba a hacer topogigios de diferentes colores. Ese mono se lo heredé a mi hermanito y se convirtió en su juguete favorito, lo traía a todos lados, ya sin orejas, descosido y bastante sucio, él aún conserva la tela. Lo que aún guardo es una mini casita de plástico que era portaclips, ahora la uso como alcancía, es un objeto que tengo desde hace 30 años.



Cargo en mi llavero una llave de ropero de hace muchísimo tiempo, es como ésta. Le inventé una historia, digo que me la regaló mi abuela paterna porque era un gran tesoro para ella, asunto completamente falso como ya lo anticipé al inicio de la oración, pues mi abuela nunca me regaló nada, es más, siempre me trataba con desdén.

Tengo mucha “naturaleza muerta”, recién encontré un escarabajo rinoceronte (o escarabajo Hércules) en la calle, lo limpié, lo sellé y ahora posa solemne en un peldaño de mi librero, junto a un escarabajo verde tornasol más pequeño (también tengo unos aretes de mayates engarzados en plata, hermosos, pero que me hacen cuestionar mi especismo).



Tengo así vainas de framboyán, una vara seca de la inflorescencia de una palma, fragmentos de coral, conchas marinas, una bráctea de palmera, rocas pequeñas, un bloquecito de piedra mineral, botones de manglar, muchas jícaras, hasta un fósil de la región Mixteca.

Me gustan mucho las artesanías, así que a cada lugar al que voy me traigo algo. Muchas de esas cositas las tengo guardadas para cuando tenga mi propia casa (espero algún día habiten mi propio espacio) incluyo desde imanes, varias piezas de barro hasta muñecas de trapo y cartón. No podrían faltar mis puerquitos de alcancía de Tonalá Jalisco y los jaguares icónicos de Amatenango Chiapas.



Mis amigas siempre me traen un recuerdito de sus viajes a otros países; así, apreció muchísimo el jarroncito de Nicaragua, el gallito de Portugal, la cuchara de la Patagonia Argentina,



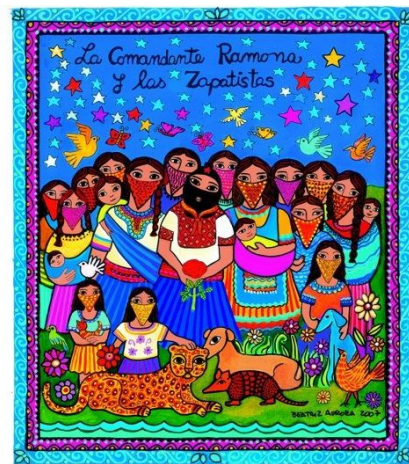
mi postal de madera de una sequoia gigante, mi cestito y mis aretes colombianos, mi separador de vidrio soplado francés y mis aretitos tejidos de Paraguay.



Mi mamá, de su viaje a Chiapas, me trajo tiras de pompones y corazones de lana que tengo colgados por todos lados en mi cuarto. A mí me encanta todo lo que le de color a los sitios.



En las paredes también pego postales que me han regalado o que me he traído de galerías de arte e imágenes de la ilustradora Beatriz Aurora.



Conservo algunos peluches de mi juventud: un koala, un perrito, una ovejita, un osito, un snoopy. Los tenía guardados, pero recién los saqué porque se los presté a mi sobrina para que fueran sus alumnitos en su escuela imaginaria. Ahora los boté en un rincón de mi cama y ahí permanecerán mientras decido que hacer con ellos.

Un tiempo me volví obsesiva de los ojos de Dios, así que hice varios que también los tengo colgados en mi cuarto. La mesa y la mini-silla metálica las tengo desde hace poco más de 30 años, ambas las hizo mi papá para que pudiera hacer la tarea cuando niña (no tengo recuerdos de mi yo niña usando esa mesa); su color original era el rojo, ahora las pinté de azul. Quiero que duren muchos años más. Realmente amo esa mesa, me gusta imaginar a mi papá haciendo esos muebles de metal para mí.

En mi última visita a Puebla, cuando andaba re-significando los cuerpos gordos, me encontré con una alcancía de yeso muy simpática que no dudé en comprar, la tengo justo sobre mi tocador. Es más o menos así (los pelos no los tiene la figurilla, ni el dorso desnudo, ambos son un añadido).



Tengo un carrito de pedales de mi infancia, cuando tenía mis cactáceas lo usaba de macetero; las plantas murieron pero creo que el carro sigue ahí. Quiero restaurarlo a ver cómo queda (miento, quiero decir, le diré a mi papá que lo restaure). A veces me parece increíble la cantidad de cosas que tengo, los años que las he tenido conmigo y como algunas en verdad no pienso dejarlas. Donde voy a caer con tanto cachivache y mueble monumental.

Estoy muy lejos de un estilo minimalista, tengo objetos pequeñitos, como los mini jarritos de barro verde, pero otros tantos de grandes dimensiones, como el canasto de carrizo de 50 x 40 cm. Desde un hábito acumulador, los objetos son para mí huellas, son testigos de mi vida y del tiempo que fue, manifiestos de situaciones concretas, evocaciones de personas y lugares, registros que hacen posible la memoria.

Con los sueños en las manos

Soy una curiosa desenfrenada y aprendiz eterna. Me gusta mucho aprender siempre algo nuevo, justo ahora estoy ensayando una puesta en escena de teatro de papel, una adaptación al cuento “La niña que no quería ser niña”, es mi primera incursión en este tipo de teatro, entré a un taller virtual sobre esto la semana pasada; es que me encanta hacer cosas con las manos (ya no reprimiré más mi kinestesia). Desde niña me gustaba mucho dibujar, soñaba con lapiceros de muchos colores y cada oportunidad de pintar era magnífica. Recuerdo una vez que hubo una especie de mini concurso porque iban a invitar a dos alumnas del grado a pintar un mural cerca de la escuela primaria, me puse tan nerviosa por tener la posibilidad de participar, que hice un dibujo un poco chueco, aun así fue elegido y fui a plasmar un poquito de mí en ese mural colectivo (ahora cuestiono todo este rollo de la competencia, pero en ese entonces yo quería ir a dibujar a la calle). Recuerdo mucho un ejercicio de escritura, cuando cursaba quinto grado de primaria, que iniciaba con la consigna “Si yo tuviera un pueblo...” ya no recuerdo

el contenido, pero recuerdo la sensación de hacer y dibujar mi cuento. Disfrutaba hacer las portadas llenas de colores de mis libretas en la secundaria, era algo que me encantaba, pintar los marcos de las hojas. Bailar en las tardeadas, baile adolescente, baile juvenil, sentir la cuerpa vibrar.

Quise estudiar Educación o Artes, incluso Arquitectura, pero por razones insondables (léase, por falta de varo y otros obstáculos administrativos) eso fue imposible. En fin, que una vez que terminé la licenciatura y tuve que trabajar, la vida me acercó a los procesos educativos desde las organizaciones de la sociedad civil y aquí sigo, nombrándome educadora comunitaria, dando talleres, escribiendo una tesis que habla de mi trayectoria profesional y mi experiencia, asiéndome de la educación popular y las pedagogías feministas, explorando las artes participativas, pero sobretudo, creando desde mi corazón moreno. Desde esta inquietud han surgido textitas e ilustraciones que han sido compartidas en diversos medios, he creado dos libros de artista con temas que me inquietan como mujer y que he tenido la oportunidad de presentarlos públicamente. Atesoro mi participación con poesía en una antología de mujeres y un fanzine hermosamente ilustrado por chicas increíbles.

Me considero activista, ya que intento permear mi trabajo artístico con mi postura ética y política como feminista, hablar de las mujeres, mi experiencia encarnada y como lanzar mensajes sobre ello a través de diversos medios como la ilustración, el grabado, la fotografía, la creación de libros de artista y bookwork, el performance y la escritura -principalmente desde la poesía-. Me dedico a compartir talleres como facilitadora con diversos grupos, sobre diferentes temas con niñas, niños, jóvenes y mujeres, principalmente en contextos de comunidades indígenas y rurales desde mi colaboración en colectivas y organizaciones de la sociedad civil. Los temas que abordo se relacionan con el género, los derechos humanos, el trabajo colectivo, la participación de niñas, niños y jóvenes, por señalar algunos. Cada vez quiero aprender sobre más cosas, reflexionar sobre la realidad e imaginar otras formas de relación entre mujeres, entre la familia, entre las y los

colegas; quiero notar un mundo menos egoísta, más justo, menos terrible, más chulito. El trabajo ha sido una vía para volcar mis anhelos, para sentir que contribuyo a hacer el mundo más habitable; aparte de ser “trabajólica”, si ha sido un espacio al que le he dedicado buena parte de mi vida, no sé si dejando huella, pero al menos con la necesidad personal de contribuir desde un lugar donde habite el amor, el conocimiento, la comprensión y la ternura.

No puedo decirme una hija ni una hermana ejemplar, no lo he sido. Mi familia es importante, y aunque soy hogareña, permanezco en soledad. Soy tía de una intrépida y hermosa niña de 9 años, que aunque la relación con la mamá no es la mejor, yo estoy contenta de estar en su vida, me enseña de paciencia y cariño, de ser y estar para alguien. Quiero que sepa que la amo y que estaré con ella cuando lo necesite.

Hace un poco más de un año, inicié un mini-proyectito con mis ilustraciones, hechas calcomanías y estampadas en tacitas, además de mi proyecto de chocolate y derivados; todo hecho con hartito amorcito. Ambos están en pausa, pero creó que podría ampliar esas posibilidades, crear otras cositas y ver si alguien más aparte de mis amigas me compra. Pienso en una chocolatería en un pueblito cerca de Oaxaca, en la entrada en la sierra norte, pero me entran incertidumbres y ya no puedo pensar más.

Me gusta la cocina y la repostería en particular; quisiera seguir experimentando y aprendiendo más sobre esto, estandarizar mis técnicas de horneado, tener más materiales y equipo, creer en la posibilidad de producir para que personas como yo puedan disfrutar de postres ricos y saludables. Una juguería, un restaurancito, “ideas de negocio” que de vez en cuando se asoman para darle paso a los sueños.

Mi poemario. Quiero un poemario, mi propio poemario. Todavía no sé cómo, porque tampoco tengo el dinero para convencer a una editorial que lo publique,

tampoco tengo los poemas que lo integren, porque me falta tiempo y me sobran quejas.

Quiero ver terminada mi tesis y sentir que tantas lágrimas y tanto tiempo han sido fructíferos; me gustaría que se convirtiera en un documento compartible, un libro ¿por qué no?

Quiero hacer más cosas lindas y creativas, quisiera tener el tiempo suficiente para vivir del arte, para escribir, para cocinar, aunque no pienso dejar de tallrear; rodearme de personas amables, creativas, que confíen y crean en mí y que yo también lo haga; con quienes pueda construir desde el reconocimiento y la horizontalidad, borrar las nociones de competencia y tejer desde la colectividad, intentándolo una vez más.

Mensajeras

Desde el silencio, mi madre emite un potente eco. Nunca ha sido pretenciosa en darme lecciones o en aconsejarme, ella escucha y de vez en cuando emite su opinión respecto a lo que le cuento. Es una mujer que ha aprendido junto conmigo a crecer. Quiero que su eco me abrace siempre. La voz de mi hermana es feroz; la rabia, la indignación por las injusticias, la mirada que cuestiona y que se rebela es gracias a ella. En apariencia somos tan diferentes, que no nos queremos dar cuenta que nuestro corazón late por las mismas causas.

Mis amigas, las de mis primeros años han dejado huellas imborrables, escucho el eco de sus voces, aunque sus nombres ya no los tengo tan presentes, sé que cada una me dejó algo de sí misma, una piececilla del rompecabezas que soy. Las amigas recientes las tengo más en presencia; mis amigas con las que descubrí el feminismo y con quienes me he ido fortaleciendo en mi identidad han sido

fundamentales en mi vida. No sé qué haría sino pudiera compartir literatura, comida, bebidas, abrazos, lágrimas, sonrisas, pesares y pensamientos con mi maestra Á., la fundadora del círculo de lectura, con quien empecé a conocer del feminismo; con I. que juntas hacemos proyectos poéticos y creativos, con V., compañera en el camino de la búsqueda de nuestras raíces; con G., la astróloga, quien nos comparte sus presagios del universo hacia nosotras; con A. y su estudio sesudo de las cosas. P., aunque suene a cliché, me ha enseñado de fortaleza, me ha ayudado a reflexionar sobre la sociedad discapacitante, me hace cuestionarme mi propio capacitismo. Encontrarme con M. fue un oasis ante tanta sed de afecto, empezamos a coincidir en diferentes espacios educativos y ahora soñamos con trabajar juntas. Mi amiga A., nos seguimos acompañando desde hace 20 años. R. con su generosidad a pesar de la distancia. M. y su sorprendente optimismo. La micóloga más maravillosa del mundo, me enseña de paciencia y amor, V. por siempre.

Todas mis compañeras del teatro, quienes intentamos sabernos y acompañarnos, querernos y cuidarnos; por ellas y con ellas he aprendido a querer a las mujeres sin juzgar, respetando nuestros procesos. Todas las mujeres artistas con la que he aprendido, explorado mi creatividad y experimentado desde la gráfica, la fotografía, las letras, la expresión corporal, la arteterapia; todas aquellas que confían en mí y reconocen mi propia fuerza y ternura. Las compañeras de la red que ante mis miedos y preocupaciones, me dicen: no te preocupes, tú puedes, eres una chingona.

Las mujeres de los grupos comunitarios, las jóvenes, las activistas, las niñas que sonrían, las mujeres que me han permitido compartirles un poquito de lo que yo sé, son muchas, en diferentes territorios; con ellas también aprendo de responsabilidad, compromiso y mutuidad. Las chicas que leen mi poesía, que me escriben dos líneas para decirme que lo que escribo o lo que dibujo les conmueve; eso me ensancha el corazón y me genera confianza hacia mí y lo que hago.

Enseñanzas, saberes, palabras, abrazos, consejos, escucha, reflexión, crítica, deconstrucción, reconocimiento, son las huellas que han dejado en mi tantas mujeres poderosas. Tengo que decirles más seguido que las quiero y agradecerles por estar.

Estas cumbres no quieren ser borrascosas

Que difícil hablar de deseos íntimos justo cuando siento que me estoy desmoronando, cuando estaba sintiendo que puertas ante mí se abrían para abandonar parte de eso que me lastima y me duele y me doy cuenta que es más de lo mismo.

Me gustaría seguir expandiendo lo que he aprendido y explorado en estos años, tanto en lo referente a la educación como al arte, quisiera ser una arteducadora. Me impulsa mi pasión por estos dos ámbitos, por enseñar y compartir. La posibilidad de crear e imaginar, deseo que no se acabe y que si es necesaria la inspiración, hacer el ritual que me brinde la oportunidad de seguir creando, desde la poesía, la ilustración y cualquier otra exploración artística que realice, pero sobretodo quitarme esa sombra que me hace creer que probablemente no lo esté haciendo bien, que no soy lo suficientemente buena, que lo que hago no le importa a nadie y que todo eso que haga tenga la posibilidad de generarme algún tipo de ingreso económico –porque la situación está muy difícil-. Deseo dormir 9 horas seguidas, descansar, tener tiempo para cuidar una planta, para escribir, para dibujar, para cocinar sano y delicioso. Quiero encontrarme y reconocirme desde mi yo genuino, quiero cerrar las heridas del pasado, que me sea posible no llorar cada vez que recuerdo mi infancia, quiero sanar. Deseo tener las herramientas y la fuerza para desenredar nudos en las relaciones con mis familiares. Quiero cubrirme la piel de amor fresco, de mi propio amor, de quien decida dármele con sinceridad, quiero calor y abrigo. Quiero seguir cultivando amistades bonitas, sin expectativas (porque cuando no se alcanzan también lo lamento). Deseo ver a mi sobrina crecer y vivir con alegría, con cariño verdadero,

con confianza y plenitud. Quiero echarme a volar sobre mis propios sueños, ya no sobre l@s de otr@s. Deseo sentirme satisfecha con lo que soy, no más comparaciones, competencias y auto exigencias. Quiero construirme una vejez digna, con derecho al disfrute y una sabiduría que me guíe y me diga cuando tengo que irme. Deseo vaciarme de temores y malos hábitos, quiero saber del disfrute y de la pausa. Deseo que la ansiedad no me gobierne, atreverme a dar ese paso. Quiero que las ausencias ya no duelan, quiero aprender a mantener la esperanza. Deseo que me habite la alegría y el agradecimiento. Deseo ser independiente, guisármelas yo sola; quiero ya no tener miedo de todo, todo el tiempo. Quiero tener la seguridad para tomar decisiones y la suficiente ternura para abrazarme si me equivoco. Deseo llegar a la cumbre y llenarme la mirada de vastedad, de paisajes. Deseo que nadie, nunca más me hiera. Deseo tener un espíritu valiente y solidario. Quiero ser mi propio hogar, mi ancla, mi vela, mi brújula, mi faro.

Real diccionario de mi lengua

Abrazo. Artilugio corporal que cuando es dado de manera genuina y recibido con deseo y confianza, resulta una isla en medio de un naufragio. Surge de la necesidad física y emocional de restaurar al corazón a veces y otras, acarician mi espíritu para desechar los malos días. Los abrazos de mamá siempre serán bienvenidos. Los mejores son los apretaditos.

Bailar. Movimiento desenfrenado del cuerpo cuando quiere liberar energía y producir hormonas de la felicidad. Es conveniente acompañar estos movimientos con música y buen ritmo. Es magnífica esta acción porque puede hacerla sola o acompañada, en su casa o en cualquier sitio. No se vale decir “no sé”.

Barca. Medio de transporte para navegar en las aguas de la imaginación de una manera artesanal, pues requiere brazos fuertes para remar. Muy útil para crear versos nostálgicos pues se oye mucho mejor que barco.

Bálsamo. Sin duda es una palabra esdrújula. Se relaciona con las manos, con los aromas, el cuidado y el cariño. Viene en cualquier presentación, desde una palabra hasta un helado de chocolate. Útil y necesario para sanar.

Cama. Espacio confortable de múltiples usos entre los que destacan el amar y el soñar. Puede ser cuadrado pero la forma no importa, lo que sí, hay que asegurarse que sea mullida.

Campesina. Mi abuela materna, sus frijoles de olla y las tortillas recién hechas. Vivía en el campo. Su casa era de adobe y carrizo.

Caracol. Animalito que saca sus cuernos al sol y deja caminos tornasoles a su paso.

Dibujar. Sacar de mi interior una parte de los mundos fantasiosos que imagino, generalmente hechos con colores de mala calidad y plasmados en papel corriente.

Dormir. Acción que más me gusta hacer junto con comer. Con la pandemia, dormir ha sido un logro.

Educación. No sé bien a bien que significa, pero confío en su poder transformador. A eso me dedico.

Esperanza. Lo que me mantiene de pie. También así se llamaba mi abuela materna.

Feminismo. Lo aprendí en la calle, con mis compañeras de colectiva. Me permitió miradas para ser y estar de otras maneras en este mundo patriarcal.

Frontera. Mi piel, aunque bastante permeable y bondadosa.

Galaxia. “No estamos sol@s en el universo”.

Galleta. Dícese de la fuerza que hay que aplicar a algo. De harina de trigo o maíz, con dátiles o arándanos, son el antojo más dulce a disfrutar.

Guarida. Es solo un deseo, quisiera tener una.

Hornear. Aunque puede ser poco sustentable, acción que me encanta, sea el alimento que sea, desde una hogaza a un rollo de carne.

Inefable. _____

Jardín. El interno lo tengo un poco descuidado. Florecerá.

Jengibre. Raíz maravillosa, por sus efectos medicinales y porque puede escribirse con g.

Koala. Animal carismático y agradable. Quisiera ser koala para dormir 18 horas al día.

Libélula. De cuatro alas transparentes, insecto volador identificado.

Tesoros en el fuego

Desde que nació, Binhe había recibido muchos tesoros, uno cada eclipse de luna. A su modo, su madre y su padre la querían. Entre tulipanes, flores violetas y granados, transcurrían sus días. Su vida no era de ensueño, pero se divertía,

amaba, reía, bailaba. Probaba sabores nuevos y la sonrisa aparecía en su boca de dientes de leche perfectos. Tenía mucha imaginación, cualquier planta se convertía en universo bajo sus manos. Binhe no le tenía miedo a nada; saltaba, corría, caminada en la oscuridad, tocaba a esas polillas peludas y enormes, se acercaba al profundo pozo de la casa, desafiando al lecho acuático. La valentía era otro de sus tesoros. Un día, nunca se supo cómo, un fuego le alcanzó la piel, extendiéndose inmisericordemente por toda la parte baja de su pequeño cuerpo. Perdió la noción de las horas, de los días, de las noches, de las palabras, de la belleza. Algo dentro de ella se apagó. Ni su cuerpo ni su espíritu volvieron a ser los mismos. Había perdido sus tesoros, el fuego se los había llevado consigo, dejando marcados solo los mapas corpóreos de aquello que fue. Binhe creció triste, añorando el aroma de las guayabas y del azahar. Ya no tenía tesoros, estaba hueca. Pasaron muchas tormentas e inundaciones en aquel caserío, las suficientes para que Binhe deseara ir en busca de sus tesoros; si el fuego se los había arrebatado, el fuego podría devolvérselos. Identificó en el cielo esos fuegos; necesitaba llegar a Niñu, a esa región radiante para recuperar sus tesoros. El viaje fue extenuante, eterno. Binhe no solo encontró tesoros en Niñu, también efímeras esferitas que hablaban con voz queda. Varias de esas esferitas poblaron en microsegundos sus manos, su cara, su cabello y principalmente, sus orejas. Decían muchas cosas al mismo tiempo, ella no lograba descifrar lo que pronunciaban. Se las sacudió un poco aturdida, haciéndolas flotar alrededor suyo. Reconoció muy fácilmente a imaginación, alegría y valentía, sus tesoros. Los tomó cuidadosamente y se los puso cerca de su segundo corazón. Era tiempo de volver a casa. En medio del jardín, desenvolvió sus tesoros, puso un fragmento de cada uno adentro suyo y otro tanto en la tierra húmeda. Ya no se sentía hueca. Olvidó que sus dientes ya no eran perfectos y sonrió. Ya no sólo había valentía, también había creatividad, paciencia, empatía, solidaridad, compasión, confianza, todas las estrellas necesarias para soñar. Binhe no solo cuidó de esos tesoros sino que los regalaba en coloridos envoltorios a cada persona que como ella, pensaba que lo había perdido todo.

Inventario nimio

Me gustaría hacer una lista en orden alfabético de mis amantes, colocarles la fecha de elaboración y de caducidad, posiblemente señalar el tiempo que duró el romance o lo que haya sido. Pero no, eso no tiene sentido, no me apetece hacer un inventario de llanto, culpa y sinsabores. He amado poco y a pocos (no más de dos); he odiado a otros tantos y ha habido varios que me arrepiento de haberles conocido, más así, desnuda y en desnudez.

He sido

La que da

La que espera

La que quiere

La que desea

La que duda

La que se conforma con migajas

La que anhela

La que no sabe

La que no puede

La que ama en demasía

La insegura

La simple

La inexperta

La que tiene miedo

La que llama

La que busca

La otra

La distracción del fin de semana

La que sufre

La vengativa

La olvidada

Aunque crecí en una familia donde no me enseñaron a buscar marido ni a desear un hombre a mi lado, en otros lugares aprendí que así tenía que ser. Eso sí, desde muy joven me prohibieron “andar de loca”, enamorarme o tener novio. Me ha costado mucho aprender a amar con libertad, ha sido casi imposible, por seguir huyendo del *que dirán*, del escándalo en la familia conservadora, por borrar el estigma de la mujer destruyehogaresrobamaridos.

El feminismo me ha ayudado a mirar mis relaciones sexo-erótico-afectivas de diferente manera, a reconocer los errores del pasado y a intentar resolver los conflictos del presente. Quisiera haberme encontrado con el feminismo hace más años, precisamente para no creer que el amor tenía que doler, que tenía que hacerme chiquita para que los hombres se interesaran en mí o fingir ser alguien que no era, me hubiera ayudado a ser menos permisiva, a no rogar, a no esperar nunca nada y a construirme desde mis deseos. Seguro me hubiera ahorrado muchos abusos y maltratos que por ansias de amor soporté. Hubiera sido mejor haber aprendido a amarme a mí misma.

En el encuentro con el otro puedo reconocermelo en algunos ámbitos que tal vez sola o en otro tipo de relación no tendría la oportunidad (aunque eso tiene que ver con la jerarquía en las relaciones). He aprendido a ser más paciente, a gestionar mejor mis emociones (no significa que siempre me salga bien), a saber que el amor no es algo que se da, sino que se cultiva. He podido conocerme mejor, me divierto, la paso bien.

No quiero ser en función de nadie, quiero reconocermelo como una humana completa, con la posibilidad latente de transformarme y compartirme, con o sin compañero sentimental o de cama.

Quiero ser-seguir siendo

La que da

La que quiere
La que desea
La que anhela
La que sabe
La que puede
La que aprende
La que ríe
La que goza
La que abraza
La que alivia
La que ama

Ofrendarme

Ofrendo mi camino de lágrimas y briznas, para que con esta postal imaginada, aprendas a que siempre es posible reír y llorar, ni uno ni lo otro es peor o mejor, solo es.

Ofrendo mis cicatrices, las huellas de mi cuerpo perfecto, para que las marques con palabras de lluvia buena.

Ofrendo mis manos, esas que imploran y que crean, que limpian y acarician con deseo y ternura, para que las envuelvas con zumo de nísperos.

Ofrendo mis saberes, aquellos acumulados y los que están por venir, para que la vida duela un poco menos, para que te cures el alma, de a poquito.

Ofrendo mi poesía, la que solloza y la que perturba, para que sepas como nombrarte, para que confíes en lo que eres: poeta.

Ofrendo mis trazos, los simples y los coloridos, para que te reconozcas en las flores, en los cielos y en los labios de las mujeres dibujadas.

Ofrendo mis movimientos; éstos, torpes, enérgicos, planeados, improvisados, genuinos, que de tanto ser negados, implosionen y despierten tu cuerpo dormido.

Ofrendo mi paciencia, la que supone esperanza, para que cuando el mundo sea hostil, puedas permanecer con el corazón calmo y los pies despiertos.

Ofrendo mis sonrisas, las sinceras y las oblicuas, rastros de la alegría, para que las recuerdes en los tiempos inciertos.

Ofrendo mis abrazos, esos pocos que rompen las barreras de lo extraño, para que los desenvuelvas cuando los necesites.

Ofrendo mis palabras, las esculpidas por tantas reflexiones y espacios compartidos, para que si un día sientes un vacío, las cocines y te deleites de ellas.

Ofrendo mi pasado, aquel que ha permitido hacerme preguntas, viajar hacia mí misma para encontrar respuestas, para que sanes a esa niña y vivas tu presente con más ternura.

Ofrendo mi valentía, esa que también duda, para que cuando reniegues de la existencia, cuando ya no quieras seguir, sepas que tienes de donde asirte.

Ni Eva ni Lilith

Estoy leyendo los cuentos contenidos en el libro “Lo estás deseando” de Kristen Roupenian. Me encuentro con relatos sórdidos, algunos que exploran los deseos maliciosos en las personas: maltratar a un amigo, hacer bromas muy pesadas – como cagarte en la puerta de tu vecino-, desear matar a la amante de tu pareja. Me hace preguntarme si yo sería capaz de hacer algo parecido.

¿Qué significa para mí la maldad? Cuando niña, creía en los castigos que me podría dar diosito y las virgencitas por portarme mal. La maldad infantil consistía básicamente en dos cosas, decir mentiras y desobedecer. Ambas cosas las hacía reiteradamente, así que recibí muchos golpes por ello. Tuve un accidente siendo niña, que me dejó cicatrices grandes y por tanto visibles por varias partes de mi cuerpo. Con crueldad, mi padre osaba decir “cuídate de los buenos, porque los malos ya están marcados”, con lo que yo entendía que efectivamente yo ya era mala porque ya estaba marcada. También decía que “por eso dios no le dio alas a los alacranes, porque volando picarían” haciendo una especie de analogía con mi forma de ser, otra vez, que yo era mala como un arácnido ponzoñoso ¿Qué le llevaba a mi padre decirme estas cosas? ¿Qué yo no obedeciera sus órdenes? ¿Qué mintiera sobre ciertas cosas que no me interesaba decírselas a nadie? ¿Qué tomara su dinero para comprar dulces? ¿Qué no fuera servicial con él ni con la abuela que me despreciaba? Efectivamente, como mujeres nos enseñan que desobedecer, que no permanecer callada te hace ser mala; me tomó casi treinta años darme cuenta que los accidentes no fueron mi culpa, que las cicatrices no eran un castigo por ser mala y que si existe dios, que sea ese ente el que perdone a mi padre por sus palabras y sus golpes.

En mi ser adulta ¿qué es ser mala? Pienso que cuando tengo la capacidad de dañar a las demás de manera profunda, con alevosía y ventaja, siendo muy consciente de que lo que voy a hacer es para perjudicar a alguien, sea animalito o

persona. A veces me atormenta que puedo matar cucarachas y hormigas porque están en mis espacios, que siento gusto cuando mato a las polillas que se comen mis tejidos y me siento mala, porque estoy decidiendo por vidas que no me importan. A veces, le deseo el mal a alguien, no tanto como su muerte pero sí que le vaya mal, que no le salgan bien las cosas, que no acceda a la beca, que su trabajo no sea reconocido, pero luego pienso que el universo puede devolverme la mala vibra y me auto-regulo, entonces lanzo vibra buena porque no me gustaría ver a gente deseándome mal.

No puedo equiparar la maldad con las tinieblas. Yo intento amar a mis tinieblas, esas partes oscuras que forman parte de mí pero que no necesariamente son malas o negativas. Para que exista mi luz, tiene que haber ese lugar de sombras.

Por supuesto que mis acciones y pensamientos están permeados por una moral, un código no escrito que se ha construido en mi crianza, con mi familia y otros espacios como la escuela, que por fortuna se reconfigura cada día, abriendo otras posibilidades no regidas por el miedo, el castigo o la culpa.

Prefiero hablar de una ética con la que pueda tener las bases para guiar mi propio comportamiento, uno de los principales es no hacerles daño deliberadamente a las personas (aunque eso no quite ciertos pensamientos ominosos de vez en cuando).

No soy la costilla de Adán ni la desertora del paraíso. No soy mala ni buena, como humana tengo momentos donde albergo maldiciones y quisiera gritar y arrancar cabelleras pero se queda ahí como pensamiento, no pasa a la acción, eso ya es un primer filtro de auto-regulación. Creó que mis pensamientos más oscuros tienen que ver con eso, con la posibilidad de que alguna persona que me ha tratado mal o me ha lastimado sea partida por un rayo, aunque no haya tormenta.

De cómo todavía no soy atea

Crecí sin religión. Mi padre ateo y mi madre creyente de las Vírgenes. No fui bautizada ni tengo ningún sacramento. Lo agradezco, aunque nunca he sabido en que creer. No sé rezar y me gusta transformar la letra de los canticos católicos. Como mujer no me interesa una institución religiosa ni profética como la del patriarca; no me interesa la presencia de un dios –presumiblemente masculino– que castiga y que mantiene a raya la libertad con la amenaza del pecado y el infierno. No me interesa una religión misógina que subordina y culpa a las mujeres de los males del mundo. No me interesa una espiritualidad basada en la obediencia.

¡Diosas! exclamo cada vez que algo me sorprende o tengo preocupación, pero no sé bien si llamo a Coatlicue, a Pitao Huichaana, a Artemisa o a las tres juntas. Apelo a los espíritus de la naturaleza; a la esencia del viento, del fuego, de la tierra y del agua. Me gusta la representación de los cuatro rumbos, aspirar el humo del copal crepitando en el sahumador trípode de barro verde, hacer el ritual ante las semillas, los frutos y las flores. Cantar.

Creo en la sabiduría de las plantas y su poder para sanar; en las abuelas encendidas que calientan el temazcal, en la energía de la llamita de una vela y en la vitalidad de un sorbo de agua cuando la sed acecha. Le pido permiso a las plantas cuando las corto para preparar una infusión o para condimentar los alimentos, tal como me enseñó mi mamá. Recibo con gratitud las bendiciones que me envían mis amigas, la cruz que traza sobre mi rostro mi mamá cuando me despido de ella, pido que oren por mí y por mis hermanas cuando siento que no puedo con mi pura humanidad.

Observo el cielo, me surgen dudas y le pido explicación a la ciencia por tanta maravilla. Confió en que una vez que mi cuerpo fenezca, mi alma pasará en el

Mictlan y regresará cada año a por la ofrenda puesta en un altar si es que alguien me recuerda. Si pudiera volver, regresaría en forma de una planta con espinas.

Acaso pudiera ser politeísta, a lo sumo panteísta, pasando por agnóstica y casi atea. Exclamo ¡Diosas! y no sé en qué fuerza creer, pero nunca será en un dios impuesto a base de sangre y muerte. Prefiero creer en ella, en la natura, la dadora, en sus colores y sus aromas. Creer en algo. Creer.

Todo es trayecto

Quince senderos caminados dentro de mí. Quince exploraciones entre ríos de llanto, alegrías boscosas y dolores encarnados. Durante cuatro lunas me descubrí hablando de cosas nimias, con recuerdos difusos, con heridas abiertas, con las palabras hechas cicatrices. Sigue el miedo, sigue la duda, la desconfianza. He avanzado en el espiral de mi confusión. No estoy en el mismo sitio.

Agradezco. Me abrazo. Tengo que recomenzar. Caminar nuevos trayectos. O viejos.

Necesito creer en mí. Cuidarme, amarme. Reconocerme. Han sido suficientes años menospreciándome, culpándome, atándome. Soy una mujer nacida en el mes de octubre, en el año de 1981. Este año cumplo 39 años, la recta hacia las cuatro décadas. Este es mi mes; he querido festejar cada día con entusiasmo y lo único que se asoman son lágrimas, es tristeza y enojo. Mi infancia ha estado muy presente.

//Necesidad: carencia o escasez de algo que se considera imprescindible.//

Querer, desear, necesitar.

El miedo no se ha ido, aquí está, me susurra al oído mientras me preparo el desayuno. La relación en la familia cada vez áspera. La pandemia, el confinamiento, todo lo exagera. Parece que todo se va como agua sucia al drenaje. Necesito valentía. Necesito gestos de ternura desde mí. Me urge escuchar mi propia voz, necesito crecer, ser árbol de fuego.